



# Leopoldo María Panero sobre la tumba del poema

Antonio Marín Albalate

«Aquí estoy yo, Leopoldo María Panero  
hijo de padre borracho  
y hermano de un suicida  
perseguido por los pájaros y los recuerdos  
que me acechan cada mañana  
escondidos en matorrales  
gritando porque termine la memoria  
y el recuerdo se vuelva azul, y gima  
rezándole a la nada porque muera».

Con este poema de *Esquizofrénicas o La balada de la lámpara azul* se abre *Sobre la tumba del poema. Antología Esencial* (Huer-ga & Fierro Editores 2011), una obra que durante la pasada Feria del Libro de Madrid, en la caseta 54 de la editorial, Panero vino a firmar ante sus fieles seguidores mientras fumaba y bebía coca-cola como un poseso para mearse luego en el magnolio que más a mano tenía.

Panero o el magnolio, jardín del infierno en su mirada de hielo y fuego atravesando el corazón del poema. Panero espetándole a un pacífico cliente que pasaba ante él: «tienes cara de hormiga». Panero y su satánica carcajada. Panero, siempre Panero, Leopoldo María, por supuesto.

Panero, niño prodigio de la poesía, asombrando a extraños y conocidos con su surrealismo infantil de poeta precoz. Panero solitario creciendo ante la ausente figura de un padre borracho. Panero con cinco años diciendo:

«Las estrellas  
el mar  
una voz honda  
una voz clara.  
Todo había amanecido  
los trenes, las casas  
una cabeza misteriosa  
la mano misteriosa  
que aparecía  
por todos los jardines.  
Por todas partes apareció eso misterioso».

Panero en sus años jóvenes coqueteando con la izquierda radical, las drogas y el alcohol. Panero militante de la clandestinidad antifranquista entrando en la trena. Panero con veinte años tratando de suicidarse en el domicilio familiar. Panero de la mano de Felicidad (qué contrasentido) Blanc, su madre, arrastrado al desalentador diagnóstico de los hospitales: esquizofrenia y manía persecutoria. Panero con su dedo de ceniza señalando a su madre como la causa de todos sus males.

Panero, libre, *Por el camino de Swann*, su primer libro de poemas, dedicado a los Rolling Stones, estudiando idiomas en Inglaterra, bebiéndose todo el whisky de los bares de Cambridge.

Panero ya polémico, a su vuelta en Madrid, diciendo: «Yo siempre he percibido una separación maniquea entre lo que Mallarmé llama el mundo de la sonrisa y de la palabra. Yo realmente no puedo penetrar en el mundo de la sonrisa. Ése era uno de mis problemas cuando estaba estudiando en Cambridge: mi incapacidad para hablar con los monos». Panero, pesadilla de la familia y de los amigos (dicen que asaltaba sus casas de madrugada para tirarse a sus novias). Panero, por tanto, como afirma el profesor José Luis Campal Fernández, «es la expresión máxima de un delirio alucinatorio llevado a extremos impensables para ser un fingimiento o un simple ejercicio de funambulismo lírico. Hoy por hoy, puede considerarse a Leopoldo María Panero uno de los escasos poetas que posee un discurso arrollador, un estilo deslumbrante y una voz autorreferencial auténtica».

Panero en Barcelona y su descubrimiento de Gimferrer y para que este dijera luego: «He conocido a un poeta genial. Es el único de nosotros que puede ser un Byron o un Shelley». Panero y cierta pensión catalana que conoció por entonces su segunda tentativa suicida, hasta que entró la dueña y al verle con las pastillas le recriminó si iba a hacer lo mismo que Marilyn Monroe. Para culminar su intento tuvo que salir a la calle donde lo encontraron en coma en el portal. Tiempo después afirmaría: «Practico el suicidio al revés, el anagrama del suicidio es el asesinato del mundo».

Panero, hombre flaco, encorvado, de mirada penetrante, sacando su lengua con descaro. Lengua de Panero: idioma transgresor de lo impuro hecho poesía que sangra por la herida de saberse vivo. Panero o el vivo espíritu de Antonin Artaud a quien considera el máximo negador de la identidad y por quien ha llegado a afirmar: «Soy el Pesanervios de Artaud y como él escribo esas raspaduras del alma que el hombre normal no acoge».

Panero, siempre Panero, Leopoldo María, por supuesto. Panero y su yo poético que busca su desdoblamiento mientras sabe que «la vida es sólo un inmenso cenicero, violeta pálida destruida por el mundo».

Un yo poético existencialista llevado hasta sus últimas consecuencias con la insistencia de quien, más allá de su propia vida marcada por el desastre, escribe *sobre la tumba del poema* a modo de exorcización; y el poema, nudo de angustia, nido de muerte, se transforma entonces en el cuervo que picotea, sin piedad alguna, las palabras que lo nombran hasta hacer que brote sangre desde su propio concepto de *poema*.

Concepto con el que se construye esta *Antología esencial* donde se recogen textos de los libros más significativos de Leopoldo María, posteriores al volumen *Poesía Completa (1970-2000)* publicado por Visor en 2001.

Partiendo de la palabra *poema*, mi yo antólogo-lector, se empaqueta del concepto poema-Panero y/o viceversa e indaga y profundiza, desde y en el silencio, para escuchar el grito de Munch en poemas tan magistrales como éste de *Teoría del miedo*:

«Ah el poema, flor de la nada  
flor que insulta a los hombres

y se arrodilla ante el árbol del bosque  
ante el árbol del ahorcado  
donde los niños extraviados gritan y lloran  
por la muerte del país de Nunca-Jamás  
mientras el barco  
lejos de Ícaro y de Jesucristo  
sigue su rumbo hacia la nada».

Abierta ya la puerta del infierno, tras *Teoría del miedo* publicado por Ígitor en 2001, se leen los poemas de *Águila contra el hombre /poemas para un suicidamiento* (Valdemar 2001) y el recurrente tema de la nada en Panero:

«Ah el doble, el doble oscuro del poema  
sombra de sombras, nada del ayer  
filo de una navaja sobre el poema  
que a la vida ensucia y vierte  
de estiércol el río: y que la nada brille  
esto es el poema».

El poema que asciende al poeta a los infiernos del recuerdo de sus catorce años en el Manicomio de Mondragón y a los siguientes en el frenopático canario del Dr. Rafael Inglot para que, en cierta ocasión, de ellos dijese: «Son el putito infierno. El asunto del veneno empezó en Mondragón, pero lo de Inglot es peor. Me han dado toneladas de Haloperidol y todavía no he muerto. Lo de Rasputín fue una noche y a puerta cerrada; lo mío va para veinte años y es a la luz del día: el diario de un hombre infinitamente envenado. España es la que está loca, no yo».

De ahí los *Señores del alma (poemas del manicomio del Dr. Inglot)* publicado por Valdemar en 2002, donde el autobiográfico Panero vuelve a la carga con sus fobias familiares:

«Mi padre bebía  
estaba todo el día borracho  
mi madre estaba  
estudiando todo el día  
la forma de matarme

y las serpientes volaban en círculo  
y los hombres escupían contra el poema  
como si fuera un círculo, un metal, una esfera  
una piedra que cayera sobre el hombre».

Donde se autocita («en la pared desfilan los sapos / de mi pensamiento») como una manera de reafirmarse en su propia poética de intertextualidad, para seguir en *Conversación* (2003) con su yo sediento del abismo de la nada, «luchamos por el perdón de la manada / que en silencio nos diga que hemos muerto / y estamos como una flor / después de la nada: después de la nada / y después del viento».

En el infierno, con su ‘Himno a Satán’ («Oh tú señor de la desdicha»), nos encontramos ante una *Erección del labio sobre la página* (Valdemar, 2004) «con rubor de Apocalipsis y de sombra / que cae sobre el poema, hiriéndole» y con rumor de infancia: «hecha de pelos, como un oso de trapo / destripado lentamente, en silencio». Y nos encontramos con la *Danza de la muerte* (Ígitur, 2004) en donde el poeta, «caballero de la negra armadura», marcha sobre el poema «como si marchara / sobre el filo de una espada»; el poeta que, «condenado a la vida eterna / a vejez sin llanto, sólo espera / de una muerte que nunca llega» el estertor final de la delirante soledad en el corazón de la escritura misma sabiendo, con Jacques Derrida, que todo poema corre el riesgo de carecer de sentido y no sería nada sin ese riesgo.

El poema, su tumba, el cadáver del poema y el absurdo baile de sus versos como fuegos fatuos atravesando el espanto del grito amordazado ante el vacío del aire en el fondo del pantano.

El poema o la expresión de sufrimiento de quien lo escribe desde el delirio mismo para seguir nombrando, *Esquizofrénicas o la balada de la lámpara azul* (Hiperión, 2004), su fin allí «donde los cuerpos hablan / y el agrimensur mide la ruina».

Desde el infierno mismo de hallarse en el agujero sin fondo de la locura Panero ha pagado el alto precio de ser el arquetipo del más cultivado malditismo. Por eso está ahí, en la habitación del tiempo, sin cerrar la ventana, pasándose el Haloperidol por el forro, sabiéndose tan inteligente como Nietzsche, pensando nuevos textos como *Poemas de la locura seguido de El hombre ele-*

*fante* (Huerga & Fierro, 2005) reflexionando acerca del «Conjuro hegeliano para la mala suerte» sabiendo, una vez más, que «el hombre es un animal miserable / que ensucia la vida con su orina / y mancha de excremento la vitrina / como si fuera algo miserable». Panero, siempre Panero, Leopoldo María, por supuesto.

*Mi lengua mata* publica Panero en 2008 y desde ella «escribe aún un terco poema / nacido de la sangre y del vino de la vida / porque la vida es una enfermedad incurable / y sólo escribir nos salva de ella», porque «la única revolución que existe es la Locura / a la que Lacan llamara *subversión del sujeto* / y Freud es un pedo sobre la página / siempre en blanco, siempre recomenzada, como el mar». «La mer, la mer, toujours recommencée...» escribe Paul Valéry, y Jacques Lacan: «el hombre no habla, es hablado». El hombre, Lacan, Valéry, Panero y el *Golem* (Ígitur, 2008) de la nada; la nada sin alma del barro de las palabras dibujando la santidad del poema, como dice el poeta, para rezar al estiércol: soy sólo un hombre hecho nada. Panero y la locura como única fuerza «para luchar, con el arma suprema de la literatura, contra un país sin dioses pero con estatuas de dioses, contra un país donde la gente cree en Dios media hora, la media hora de ir a misa, para luego seguir pecando, esto es, haciendo daño». «Nadie sabe lo que puede el cuerpo» decía Spinoza, y el poeta lo parafrasea diciendo: «nadie sabe lo que puede la locura». La locura, Spinoza, Panero: el pensamiento desgarrado o la destrucción de la realidad que busca en el poema curarse del mal de vivir. Panero, siempre Panero, Leopoldo María, por supuesto.

Panero y su *Sombra* (Huerga & Fierro, 2008), sombra alargada hasta donde crece la flor del viento, sobre la tumba del poema, «terminando el poema» para salvarse y salvarnos de la pesadilla de la vida.

Panero recluido en el infierno de los manicomios perseguido por la CIA y los locos que le quieren arrebatar su tabaco. Panero o *Escribir como escupir* (Calambur, 2008), con su kafaiana «carta al padre» con su «delirio» final «que embiste al hombre como un toro en la sombra».

Panero levantándose de la tumba del poema para dirigirse al magnolio de sus aguas menores. Panero, agua menor de poeta mayor que, sin haber recibido galardón alguno en esta república

literaria de halagos y pasteleo, obtiene el reconocimiento de la lectura. A fin de cuentas, el único que importa.

Panero, Leopoldo María, hace nada en la Feria del Libro ahora, de nuevo, en la soledad del sanatorio de Las Palmas aguardando otro acto poético para salvarse y salvarnos, como ya dije, de la pesadilla de la vida ©